

El arte independiente

Aparte de los que se mueven en el campo psicológico, existe en la juventud, más o menos influenciada por Guyau, la tendencia a no ver en el arte y en los sentimientos estéticos que provoca, sino un instrumento para los fines de la vida social.

Todos reclaman del arte un apoyo a sus ideales. Cada religión, cada secta, cada clase social, pide de él que se ponga a su servicio con exclusión de ningún otro, asignándole allí su verdadero papel. Tolstoi, cristiano, quiere que el arte sea la voz del cristianismo; el arte que no persiga ese fin, es un falso arte. Guyau, sentimental, le pide un lazo de amor que una a todo ser viviente: arte, vida, amor, todo para él es uno. Para los aristócratas, el arte es de unos pocos privilegiados, únicos capaces de interpretarlo; para los defensores de las clases obreras, el arte popular es el único verdadero.

En nuestra opinión, el objeto del arte es despertar emociones; estas emociones llamadas estéticas, tienen un carácter propio, particular, que permite distinguirlas de las demás emociones que constituyen nuestra vida afectiva.

Este carácter, como lo ha demostrado muy bien Spencer, es el de no ser directamente útiles a las necesidades de la vida.

Toda emoción puede adquirir un carácter estético, siempre que se busque por sí mismo, y no sea real. Esto es lo que hace precisamente el arte; por eso es el arte una ficción de la realidad, y los sentimientos estéticos, una reproducción de los sentimientos reales.

También las bellezas naturales despiertan en nosotros sensaciones de un vivo estetismo.

Todos conocen la impresión que causa la vista de un paisaje con sus selvas umbrosas, sus líquidas corrientes, sus elevados cerros, sus brisas perfumadas, los cantos de sus aves, y el color de sus flores; impresión muy distinta de aquella que nos

inspira un campo labrado, cuyo sentimiento de utilidad aparece en seguida a la conciencia.

La sola definición precedente bastaría para sentar la independencia del arte; pero las consideraciones que siguen, nos afirmarán más en la tesis que sostenemos.

Al definir el arte como un excitador de emociones estéticas, téngase en cuenta que decimos emociones, y no ideas: ahora bien: una emoción es tanto más intensa, cuanto más desprovista se halla de todo elemento intelectual; por consiguiente, el arte alcanza su mayor perfección, cuando consigue despertar el máximo de emoción con el mínimo de ideas.

Sí, como hoy se supone, con muy buenas razones, es en la médula oblonga donde residen los centros emotivos, es a ésta y no al cerebro a quien debe dirigirse el arte. El artista debe ser ante todo un emotivo, es decir, un hombre de médula; sus conocimientos adquiridos sólo tienen valor, cuando se hunden en la inconsciencia de su bulbo raquídeo, cuando se organizan, cuando pasan al automatismo. Un artista que tenga que ejecutar su obra con la inteligencia, no será nunca un buen artista; y, si a su vez necesita de la inteligencia para ser interpretada, es que carece de estética: ha de haber una comunicación de médula a médula.

Que el arte no es el lenguaje de la inteligencia, se demuestra fácilmente, interrogando a distintas personas, acerca de las ideas que les provoca la audición de una pieza musical; en todos se verá que si aquéllas se producen, no concuerdan en los diversos sujetos; lo más general es que no se produzca estado alguno neto de conciencia, y si sólo un estado emotivo, vago e indefinido, cuya descripción escapa aún a los más sutiles psicólogos. En el éxtasis, las representaciones mentales desaparecen por completo. El arte, pues, no expresa ideas, y si éstas aparecen es sólo accidentalmente, como un fenómeno concomitante de las emociones, debidas quizá a asociaciones anteriormente establecidas; no expresando ideas no puede exigírsele su cooperación, como elemento consciente a los demás ideales de la vida social.

Sin embargo, como no todas las artes han alcanzado la perfección de la música (que es el que más tenemos presente al escribir estas líneas), perfección que la exime de buscar motivos para manifestarse, las demás necesitan de un substratum

de ideas para constituirse; éstas son el fondo de las cuales el arte es la forma. En literatura, con independencia del asunto tratado, podemos gustar de la belleza de la forma, siendo ésta tan sólo, la parte estética. Al que busca únicamente el arte literario, el motivo de la obra le importa poco; ¿hay bellezas en la forma? pues eso basta. El poeta no puede volar en el vacío. Por eso busca en la descripción de las cosas, la densidad necesaria para batir las alas de su lirismo.

En pintura, lo que ante todo nos impresiona, es la disposición de luces y de sombras, la hábil distribución de los matices y la exactitud del dibujo; de la composición armónica de estos elementos, resulta la ilusión del relieve y la perspectiva que constituyen la belleza del arte pictórico.

Impresionados por la visión de este armonioso conjunto, pasamos luego a indagar su contenido intelectual, o sea el asunto de la obra; en este momento actuamos como seres cognoscentes, la emoción cede ante la inteligencia que interpreta, para una vez comprendido volver otra vez a la esfera del sentimiento, dominio exclusivo del arte, como es la ciencia del exclusivo dominio de la inteligencia. El hecho indicado lo repetiríamos, igualmente, para todas las artes.

Se dirá que si no es por vías cerebrales, es por las del sentimiento que el arte puede servir para otros fines que sí mismo en la actualidad social: la música marcial arrastra al combate; la de iglesia despierta la devoción y los sentimientos místicos; un orador fogoso provoca pasiones que utiliza, según su propósito: un cuadro, una estatua, el canto, la danza, pueden inspirarnos sentimientos de compasión, de ternura, de amor, de benevolencia, de generosidad o de maldad, de odio, de repulsión, de lascivia, de temor, de espanto, etc., etc., cuya acción moral interesa vivamente a la sociedad, por los actos a que pueden dar lugar.

En este caso negamos a estos sentimientos el carácter de estéticos.

Hemos hablado del arte como de una ficción, mediante la cual poníamos en juego toda clase de emociones con la particularidad de no ser reales. De donde se deduce que cuando éstas adquieren una intensidad tal que se convierten en reales, dejan de ser estéticas.

En el extremo opuesto al considerado anteriormente, halla-

mos el mismo hecho, o sea la negación de la estética; de un lado cuando se reduce a una fría cerebración, y del otro al confundirse con la vida misma. La arquitectura y la música son las que respectivamente tocan estos dos opuestos polos: la primera por la composición intelectual que requiere, la segunda por excitar de tal manera nuestro fondo orgánico, que nos conduce a actos que pertenecen a la vida real. La estética se mueve entre estos dos extremos. En este último hay como una regresión hacia las acciones vitales en donde el arte halló su origen.

Cuando los salvajes se disponen para un combate, para la caza o para cualquiera acción de importancia para ellos, su entusiasmo y su excitación es tal, que se mueven, saltan, gesticulan y gritan. Estas manifestaciones al expresarse en común, y como por natural necesidad fisiológica, se regularizan, los movimientos se hacen rítmicos, los gritos cadenciosos. He aquí el origen de la música, la danza y el canto, como placer estético. Estos diversos movimientos que son la expresión de emociones debidas a hechos reales, sólo después cuando se buscan por sí mismos, cuando son una simulación de la realidad, cuando son ficticios, es cuando toman un valor estético.

Ahora bien: si fenómenos serios y reales de la vida social, han dado origen a las artes, recíprocamente, éstas pueden despertar aquellos fenómenos, es decir, los movimientos, gestos, gritos, etc., con las emociones y deseos que éstos suponen.

He aquí por qué calificamos de regresivos a estos sentimientos, cuando pasan de ser el simple juego que la estética supone. Quien busca en la música, en la palabra o en cualquier arte, un excitante de sus instintos y de sus deseos, hace de ellas el mismo uso que podría hacer de una bebida espirituosa, tomada con los mismos fines.

Sergi conocía a un hombre que llevaba consigo una fotografía de la Dánae de Ticiano, a causa de las excitaciones sexuales que su vista le producía: nada de estético hay en todo esto.

En resumen, la estética no es la vida: es la representación de la vida. No porque las emociones estéticas y las emociones reales sean convertibles, hay que confundirlas.

Cuando los sentimientos estéticos se convierten en deseos o en actos reales, dejan de ser estéticos; el atavismo nos arroja a primitivas fuentes del arte: y si a su vez los sentimientos

vitales se buscan por sí mismos, con independencia de toda necesidad directamente útil, se vuelven estéticos.

En este concepto, los sentidos inferiores tienen también su estética. La tiene el tacto, cuando lo ejercitamos por mero placer, rozando una superficie suave; la tiene el olfato, cuando deja de ser el centinela del estómago, para disfrutar libre de este cargo, la delicadeza de los perfumes; en cuanto al gusto está tan estrechamente ligado a las necesidades estomacales, que únicamente sé de ciertos emperadores romanos, que celebraban sus orgiásticos *convivia* comiendo por puro placer gustativo, vomitando sus comidas, para volver a comer y no interrumpir el delicioso saboreo de sus manjares.

En resumen, el arte tiene un valor independiente de todo fin social real; tiene su valor en sí mismo, y únicamente en virtud de su autonomía puede considerársele como un factor de la evolución humana.

MANUEL LINARES.
